

(情) expuesta por Confucio, pondrá de manifiesto que la distinción subjetividad-objetividad desaparece en la teoría deweyana de las emociones.

El último capítulo se ocupa de la experiencia como arte, reinterpretando la propuesta deweyana en relación a la concepción confuciana de arte. Este capítulo se muestra sumamente interesante porque la propuesta incluire tres perspectivas diferentes que consideran al arte como necesidad biológica, como celebración de una cultura y como un elemento propiamente funcional de la vida humana.

De esta manera, desde un enfoque comparado Gloria Luque Moya presenta una investigación original en la que se entrecruzan los proyectos filosóficos de dos grandes pensadores procedentes de tradiciones alejadas en tiempo y espacio. Así, aunque este libro puede situarse dentro de los análisis de la obra del pensador pragmatista, la autora ofrece un enfoque más amplio que atiende a conceptos y aspectos difíciles a través de un fructífero diálogo con el pensador chino Confucio.

Juan José Padial Benticuaga
Universidad de Málaga

RODRÍGUEZ VALLS, Francisco, *¿Qué es la antropología?*, Sevilla, Senderos, 2020, 184 páginas.

Cada época de la historia está marcada por una necesidad espiritual que le resulta acuciante. En los albores de la humanidad, esta necesidad tal vez fuera la del control de las fuerzas naturales mientras que, en tiempos más tardíos caracterizados por la intensificación de la actividad social, la tarea verdaderamente urgente que tuvo que emprender la cultura humana pudo ser la construcción de un modelo ético-político. Estas necesidades cambian, por tanto, con el curso de los siglos y a veces reaparecen, transformadas, en contextos nuevos. En este sentido, creo que también nuestra época tiene su propia necesidad apremiante y muy seguramente esta sea la de una reconsideración de lo humano: en un mundo donde parecen desmoronarse los viejos paradigmas y donde la cuestión de la identidad se presenta como una fuerza poderosa a nivel individual y político, parece urgente reflexionar sobre nosotros mismos: en qué consiste *ser humano* y cuál es *el puesto del hombre en el cosmos*. Esta es la cuestión que aborda Francisco Rodríguez Valls en su reciente libro, *¿Qué es la antropología?* (Sevilla, Senderos, 2020), un título que se queda corto respecto al contenido de la obra puesto que, si bien esta aborda el problema —digamos— «teórico» de la antropología como disciplina, lo cierto es que lo hace para entrar de lleno en la cuestión fundamental de esta,

planteando una reflexión no solo respecto a qué es o debe ser la antropología, sino también respecto a qué es y debe ser el hombre.

La obra de Rodríguez Valls se abre con una cita de Montaigne y otra de Bacon de Verulamio, que anticipan muy bien el tono general de las siguientes páginas. La de Montaigne porque, efectivamente, Rodríguez Valls ha escrito el libro que corresponde a un filósofo cuando ha madurado su propio itinerario intelectual y llega el momento de poner las cosas en orden; la de Bacon porque nuestro autor señala a menudo la precariedad de las construcciones conceptuales humanas, que deben ser mapas y esbozos, pero no como el de aquel país legendario del cuento de Borges que, queriendo ser completamente fiel a la realidad, terminó confeccionando un mapa tan grande como el propio país. El pensamiento nos da un mapa improvisado de la tierra que pisamos y con él, como cantaba Gardel, una esperanza humilde: la de podernos dirigir en un mundo complejo y cambiante: «La ciencia sobre lo humano es un buen complemento para la vida. Es fuente de conocimiento y criterio para el buen vivir» (p. 63).

La obra está dividida en dos partes claramente diferenciadas: una titulada «Aspectos metodológicos de la antropología» y otra titulada «Metafísica del hombre o antropología trascendental». La primera aborda aspectos genéricos de la antropología o, mejor dicho, el marco sistémico sobre el que desarrollar los diferentes temas que irán apareciendo en la obra. Me gustaría destacar los que me han parecido más relevantes: en primer lugar, las relaciones que allí se establecen entre la «antropología filosófica» —que intenta definir la singularidad del ser humano— y la «antropología trascendental» —que no se limita al ser humano como especie, sino que aborda la definición misma de «persona». En segundo lugar, también aquí se trata la importante cuestión de cómo se relacionan entre sí las diferentes antropologías: la antropología social y cultural, la antropología física, la etología y otras ciencias empíricas. La relación entre ellas arroja luz sobre temas importantes como la sociabilidad del ser humano, la cultura, su carácter inespecializado, etcétera. Por último, me parece valioso que, siendo esta primera parte fundamentalmente metodológica, lo cierto es que no evita entrar en el debate acerca de temas que surgen aparentemente de manera tangencial, pero que constituyen lo más interesante de este libro: lo que hace de él, no solo un manual de antropología filosófica, sino también y muy especialmente la reflexión de un filósofo sobre la humanidad y su destino. Habría que destacar aquí, por poner un ejemplo, el análisis que hace Rodríguez Valls del transhumanismo y la posibilidad de una vida humana más allá del soporte biológico conocido.

La segunda parte del libro es el desarrollo de lo que el autor denomina una «metafísica del hombre», es decir, la caracterización ontológica de la cualidad de persona. Comienza con la descripción de tres tipos de lógicas que, en

diferente forma, condicionan la acción humana: la lógica de la supervivencia que nos lleva a desear nuestra permanencia en el ser —«este es el fin de la vida: no tener otro fin que sí misma, ser valiosa por sí» (p. 68)—; la lógica de la existencia, en la que se revela insuficiente la lógica de la supervivencia y se hace claro que el ser humano necesita, más allá de la vida, un sentido de la vida, que es precisamente donde emerge la «persona» en cuanto tal y diferenciada de un objeto natural más, pues una persona puede renunciar a todo lo que exige la lógica de la supervivencia en aras de un bien mayor; por último, menciona Rodríguez Valls una lógica de la razón pura —es decir, la del deseo de conocimiento— y la integración de los tres tipos en el ser humano.

En adelante, la obra hace fundamentalmente dos cosas: ajustar cuentas con la tradición metafísica y la unidad de los trascendentales, por un lado, y adentrarse en el análisis del vasto territorio de los grandes conceptos antropológicos y existenciales —por usar la expresión heideggeriana—, como la identidad, la sociabilidad, el proyecto, la dignidad, etcétera. El ser humano encuentra lo más suyo en su potencia oculta, que lo salva de ser un simple artefacto natural condenado a un modo unívoco de ser, y que fundamenta toda su potencia creadora (aquí se adivinan influencias profundas y diversas en Rodríguez Valls, que van desde Aristóteles hasta los grandes pensadores de la existencia del siglo XX). Además, nuestro autor lleva a cabo este análisis en conexión con algo que me parece irrenunciable en nuestra propia época: el problema medioambiental. En este sentido, no tiene reparos en declarar abiertamente que «el mundo es el rostro que refleja con claridad el alma humana (...) Convertir el planeta en un basurero habla mucho de un interior humano dedicado a la comodidad y que no se ha planteado su responsabilidad para con todos. El mundo construido es imagen de la autoconstrucción o autodestrucción del sujeto» (p. 158).

Termino. Un antiguo profesor mío solía decir que lo que más apreciaba de un filósofo no eran tanto sus tesis (con las que estar o no de acuerdo) cuando el hecho de que lo sedujera a pensar al hilo de aquellas. Un buen filósofo es aquel que, al leerlo, te obliga a levantar la cabeza. Y así es, me parece, este libro de Rodríguez Valls. Como la vida misma del sujeto que debe dirigirse «hacia una síntesis más plena mediante la acción» (p. 89), también la escritura filosófica debe recoger la pluralidad de matices de lo real en una construcción inteligible y sólida, pero no férrea ni definitiva. En su rica flexibilidad, la obra nos regala puntos de apoyo, pero también valiosos espacios sin sellar a través de los cuales poder mirar nosotros mismos la realidad pensada.

Alejandro Martín Navarro